

LA FAMA

4

LA FAMA

FOR OUIDA,

Ramée, Suisse de la, 1839-1908 angl.

CDD 208.231

TRADUCIDO POR LA SEÑORITA

LUCILA CORTÉS

LUCILA CORTÉS

~~~~~  
1882  
~~~~~

BOGOTÁ

IMPRESA DE "LA LUZ"

LA FAMA.

Era en Munich, en un hermoso día, á principios del verano; la extensa llanura parecia un océano de verdor con flores á manera de espuma; los Alpes del Tirol y del Voralberg se delineaban distintamente á lo lejos sobre el cielo ardiente y límpido. Más abajo, á lo largo de las riberas sinuosas del rio, se levantaban grupos de hayas y de abedules en todo el esplendor de su tierno follaje, y la blancura de los grandes nenúfares resaltaba sobre el fondo oscuro que les oponia la vieja armadura de los molinos. Potes de albahaca, hileras de guisantes odoríferos, ramos de alélfes, florecian en las antiguas calles pintorescas, bajo las vigas carcomidas de cada torrecilla, en todas partes, con tal que hubiese encima un pedazo, por pequeño que fuese, de cielo azul, y en la vecindad una mano cuidadosa de mujer; mientras que del otro lado de las torres y los campanarios, más allá de las campanas vibrantes de la *Domkirche* y el coronamiento, en forma de melon, de la *Frauenkirche*, más allá de todas las cúpulas, de todas las flechas, de todos los minaretes en que abunda la ciudad, las palomas remolineaban desde la aurora hasta la puesta del sol, formando como nubes pardas y azulosas, negras y blancas, felices como no pueden ser sino los pájaros, y como no pueden ser entre los pájaros sino esas palomas privilegiadas de Venecia y de Munich, que tienen por refugio y por graneros de abundancia todos los techos

y todos los hogares de la ciudad, con el cielo entero por dominio.

En la ciudad nueva, vasta y triste, el calor y el polvo eran intensos; las grandes plazas parecían vacías y de un brillo deslumbrador; los frescos presuntuosos embutidos en los monumentos, parecían manchas; los pórticos y los frisos carecían de todo lo que constituye el encanto de los frisos y los pórticos en Italia; la sombra profunda, la atmósfera ardiente, el sentimiento del espacio incomensurable y de la luz eterna, las figuras medio desnudas, graciosas, aéreas, los grandes techos avanzados, las fuentes bullidoras, la oscura silueta de una trenzadora de paja, de piés descalzos, al pasar por la ancha zona iluminada por el sol, la vieja lámpara de bronce encima de la urna pintada, la puerta que sirve de marco á un paisaje etéreo con horizontes de anatis-ta, con calles de olivos de plata blancos, todo eso falta á las malhadadas copias del arte italiano, que parecen extrajeras bajo el cielo de Alemania, y que chocan por la falta de armonía, por no sé qué de disonante; pero el antiguo Munich posee todavía su carácter simpático y original. Las fachadas de madera, los tableros de las puertas esculpidas, las gruesas paredes, las insignias de oro iluminadas, las murallas abrasadas por el sol, las iglesias pardas, las fortalezas avanzadas, las muestras de peltería y de juguetes sencillos, nada falta al viejo Munich de los *Minnesingers* y de los francmasones, de los estudiantes y de la clase média; sí, siempre es el Munich de la *Schoeffertanz* y de la alegre feria de Christchild. El viejo Munich se mantiene lejos de las innovaciones: sus muchachas llevan todavía en la cabeza pañuelos de colores y calzan ruidosos zuecos; sus estudiantes se parecen todavía á las viñetas de las baladas, con sus largos cabellos sobre los hombros y su manto gris arrogantemente llevado; algo con el olor y el aspecto de la edad média flota aquí, ese algo que úno vuelve á encontrar en un rollo de pergamino amarillo por mucho tiempo olvidado en el fondo de un mueble, junto con

hojas de rosas secas y un retrato sin nombre. El Munich del rey constructor, Luis, es grande sin duda; pero exhala fastidio á causa de sus montañas de mármol y de granito, de sus fanegas de telas más ó menos divinas, de sus largas y derechas calles en donde úno cae de fatiga, de sus frescos, cuyas figuras desnudas tiemblan bajo el riguroso viento de los Alpes; hay ausencia absoluta de gracia en ellos, como la hay en esa pesada estatua de Baviera, de bronce, que domina la llanura y en cuyo casco caben muy bien seis hombres, pero cuyos ojos carecen de mirada y la boca de expresion. Uno se va bostezando del Munich moderno, que imita torpemente á Atenas y Roma, pero deplora en cambio que el azadon de los demolidores haya atacado al viejo Munich histórico y romántico, humilde y curioso á la vez. ¿Cómo ha podido tener un hombre valor para destruir esa reliquia del pasado y poner en su lugar figuras de yeso nuevas? Vagar por el antiguo, por el verdadero Munich, — del que ya no queda mucho por desgracia! — os causa el mismo placer que leer una balada en caracteres primitivos sobre Enrique el Leon ó el emperador Max: hay rincones sombríos, arcos atrevidos, escudos caprichosamente tallados, torres y torrecillas, irregularidad armoniosa; en una palabra, todas las seducciones que poseen las ciudades antiguas en general y las ciudades antiguas teutónicas en particular; en los dias de fiesta, cuando el tumulto de una feria, por ejemplo, anima las calles, ó cuando la procesion del *Corpus Christi* pone en movimiento sobre el piso de madera, cubierto de una capa de flores, al rey, la corte y la iglesia, las corporaciones, el senado y la magistratura, es fácil olvidar la éra presente y remontarse á esa época lejana que ha valido su nombre á la ciudad, á la época en que los monjes estudiaban silenciosamente en sus celdas, mientras que á su rededor resonaba el choque de las espadas, el eco incesante de las batallas.

Era, pues, el dia de *Corpus Christi* en Munich, y tanto la nueva como la antigua ciudad se habían ador-

naído con guirnaldas, cortinajes, banderas, para el paso de la gran procesion que salia de la iglesia; el Arzobispo habia bendecido á la multitud, el rey habia descubierto su noble cabeza ante el sol y el Espíritu Santo; todo lo de ese año habia terminado yá, y el pueblo se regocijaba, bien persuadido de que Dios estaria en adelante con él y con la ciudad, con el pueblo de los barrios antiguos sobre todo, que profesa culto especial por tales ceremonias. Ese pueblo se compone de familias honradas y piadosas, que trabajan constantemente y viven bien, felices y alegres, además, con una alegría tranquila; sus antepasados eran así en los tiempos en que Gustavo Adolfo comparaba á Munich con una silla de oro sobre un caballo flaco.

Las estériles llanuras que representaban el caballo flaco en cuestion, no producen sino heno, y, sin embargo, esta verdura les da una apariencia de riqueza; el domingo y los días feriados, todos los obreros en masa, hombres, mujeres y niños, van allí á pasar sus ocios bajo los cerezos que abriga los ventorrillos pintados de azul ó blanco, á lo largo del rio, porque uno hace pronto por alcanzar las aguas rápidas del Izar, no ya rojas de sangre como al dia siguiente de Hohenlinden, sino siempre tumultuosas; las lavanderas mojan allí sus brazos desnudos; los perros zabullen en los lugares en que la corriente se ha interrumpido, sea por un dique, sea por el exuberante crecimiento de los juncos; la yerba brota alta y tupida bajo el paso de los estudiantes y de las jóvenes que la pisan cariñosamente, mientras que en alas del viento vuelan trozos de un aire ya melancólico, ya alegre, segun el humor del músico que toca la guitarra. Baviera en esta estacion está llena de frescura y alegría. Carretas cargadas de alegres expedicionarios ruedan noche y dia por entre los alisos, para ir á un baile campestre ó á la residencia de verano de una familia amiga. Todo el que tiene un *hereutzer* que gastar, se permite el lujo de un vaso de cerveza y de un poco de aire puro; los ancianos fuman en su taberna fa-

vorita, en pipas de porcelana pintada, mientras los jóvenes vagan de dos en dos bajo la sombra de los árboles.

Ese día, sobre todo, era así. No celebrar con algún regocijo una fiesta tan grande, hubiera sido verdaderamente muy extraño. Para eso hubiera sido necesario ser sólo en el mundo, y sólo en el mundo, ay! era, en efecto, Christian Winter. Sentado á la ventana de su boardilla, miraba desde aquella altura el alegre bullicio de la multitud, tan alejado de ella como lo habia estado toda su vida de la felicidad, y pensaba en los días de una juventud lejana, la suya. Su miserable vivienda en un arrabal de la ciudad, del otro lado del Isarthor, formaba parte del ático de una alta casa de madera, en donde numerosas familias pobres se amontonaban como cornejas en un muro viejo. Detrás de la casa habia un jardín, si así se puede llamar una confusion de yerbas de donde salian dos manzanos caducos, que desde hacía largo tiempo no daban fruto, y dos castaños de India. Por delante de la puerta de entrada pasaba el camino con su guarnicion de árboles deslumbrantes de verdura; y al otro lado del camino se precipitaba el rio, siempre turbulento y de un verde oscuro como el del mar.

Christian Winter, apoyado en su ventana, miraba, pues, á las gentes de la ciudad correr á sus placeres; tenia hambre, y no queria convenir en ello. Sus vestidos estaban descosidos. Sin embargo, era todavía un hermoso anciano; sus cabellos, blancos como la nieve, armonizaban muy bien con sus facciones delicadas y nobles, que revestian un tinte uniformemente moreno. La edad y la debilidad habian encorvado su alto talle, y estaba flaco hasta tal punto, que se podia mirar al través de los tejidos empobrecidos de su mano cuando la ponía contra el sol; pero así como estaba, Christian Winter quizás hubiera podido todavía ganarse la vida, si se hubiera sentado en los talleres para copiar á Belisario mendigo, al rey Lear en la tempestad ó á Calas en el cadalso. El orgullo le alejaba del arte del

modelo, porque era pintor, aunque el mundo no hubiese querido concederle nunca ese título, ni siquiera oír hablar de él. ¿Por qué? Nadie podría decirlo; la fama tiene sus rarezas; ella concede y rehusa los favores de que dispone, con un capricho que parece burlarse de los hombres: algún accidente, la falta de ocasiones, cierta desconfianza de sí mismo, el aislamiento, el ignorar esos medios que apresuran el buen éxito, una ó otra de esas cosas, ó quizá todas reunidas, lo habían mantenido oscuro y sin nombre; empero, él pintaba siempre, y en sus largos años de miseria nunca había podido sujetarse á hacer otra cosa.

Christian Winter recordaba, pues, su propia vida al mirar el alegre torrente de la vida de los demás esparcirse al través de la llanura. El destino lo había condenado á ver rodar siempre la ola de las prosperidades de este mundo, dejándolo á él atrás, como rodaban hoy la ola del pueblo endomingado y la del Isar, una al lado de la otra, ruidosamente y sin tregua. Pensaba en su juventud, en su juventud ambiciosa, impaciente, llena de ilusiones, de ilusiones tan tenaces, que el cañon de Jena ó el de Wagram habían tenido muy poco éxito para disiparla. Muy niño conoció la indigencia, pues era hijo de un calderero de Munich, el menor de una numerosa familia, golpeado y maldecido de la mañana á la tarde, porque se alimentaba de sueños vanos, mientras que los otros trabajaban con sus brazos; pero, á pesar de los golpes y los reproches, se había dicho siempre á sí mismo:

—Seré pintor.

Mientras corría la sangre en los campos de batalla, había tenido los ojos levantados hácia la sonrisa divina del arte, y no había visto otra cosa. Por amor al arte había ido descalzo hasta Italia, y allí había estudiado, meditado, luchado, tanto que, despues de la fiebre de un esfuerzo tan grande, había llegado á esa paz sublime que se encuentra en el sentimiento de la fuerza propia. Había creído en sí mismo; eso es mucho,

pero no es todo. A medida que huían los años y que el mundo de los hombres se obstinaba en no creer en él, esa noble confianza se había convertido para Christian en cosa amarga y dolorosa. Una sombra lo había acompañado constantemente; esta sombra era la mala suerte. La gloria es frecuentemente caprichosa, pero la mala suerte, en desquite, se muestra casi siempre fiel; se adhiere vigorosamente al lugar donde una vez se ha aficionado. Sus cuadros desaparecieron bajo el manto de telarañas que los cubría, sin que él comprendiese por qué. Quizá era demasiado orgulloso; no se permite el orgullo á la pobreza; y luégo, ya lo hemos dicho, no habría sabido arrastrarse de rodillas para llegar á las cimas. Christian Winter cumplía setenta y cinco años el día de *Corpus Christi*. Ay! hacia largo tiempo que había dejado la casa de su padre con un pan y algunos *groschen* en su alforja, el rostro vuelto hácia el Mediodía y murmurando entre dientes:

—Seré pintor!

¡Hacia de eso tánto tiempo! . . . más de medio siglo; y sin embargo, nadie había tenido hasta entonces en sus labios el nombre del pintor Christian Winter. Había puesto todo su corazón en aquellas obras que no se quería ver; había trabajado con todas sus fuerzas, sufrido hambre y frío; había vivido sin placeres y sin amor; había sacrificado al arte sus noches, sus días, su juventud, su virilidad, y, con todo, el mundo no sabía nada de él. Ganaba su pan cotidiano grabando láminas en cobre para los mercaderes de estampas; y aun éstos no le daban sino poco trabajo, porque en las últimas clases había hombres más jóvenes, más felices, que eran preferidos á él. Ciertas maneras frías y duras, producidas por la persistencia de la adversidad, y que le eran peculiares, lo hacían antipático, se decía. Winter no se defendía de eso. . . . Cuando el viento del Norte sopla sin cesar, ¿pueden derretirse los ventisqueros?

Hay un terrible grabado al agua fuerte, de Francisco Chiffbard, que representa la gran barca del arte,

un magnífico batel empavesado, con los cadáveres de los ahogados y los cuerpos torturados de los que luchan todavía sumergidos bajo su proa. Christian Winter se había contado entre las víctimas que no suben nunca á bordo; tampoco se había ido nunca á lo más profundo de las aguas, aunque se hubiese tratado de hundirlo allí; había defendido su alma, pero estaba cansado, horriblemente cansado, y comenzaba á comprender que el nombre de Christian Winter, que en otro tiempo se había jurado á sí mismo grabar con letras de oro sobre las puertas de su ciudad natal, no sería grabado sino sobre la tumba de un pobre, admitiendo la hipótesis poco probable de que esta tumba llevase un nombre. No se compadecía á sí mismo; no lloraba sino las visiones divinas que perecerían con él, las cosas adorables y sublimes que habían encantado su imaginación, y que los hombres no le habían permitido dar á conocer.

Las carcajadas y la música resonaban á sus piés... no había comido ese día; hacía semanas que no le daban trabajo, y había gastado hasta la última moneda que tenía en su cajón. Es verdad que frecuentemente se había privado de pan para procurarse colores, pero ¿quién se cuidaría de comprar las obras acumuladas desde hacía treinta años? ¿quién querría esas quimeras de un desconocido? No se atrevía ya ni aun á ofrecerlas; desdeñado, rechazado en la edad de la fuerza, tenía en muy alto punto el sentimiento de su dignidad, para gritar desde el seno de la soledad y la vejez: ¡Me olvidan y muero! Era olvidado como la hoja seca hollada por los pasos apresurados de la multitud que la confunde con el polvo. Sin embargo, mientras miraba desde lo alto la calle, una fugitiva sonrisa animó de repente su rostro severo, para desvanecerse al momento, como se desvanece un rayo de sol en un cielo de invierno enteramente cubierto de nieve.

Era el reflejo de otra sonrisa, que brillaba en el rostro inocente de una jovencita, dirigido hácia él.

Ella pasaba en medio de los transeuntes, blanca y rubia, con un ramo de rosas en el talle, y su enamorado iba junto á ella. Lili era la niña de la casa, pobre como todos sus vecinos, pero indiferente y alegre, la más dulce é inofensiva criatura del mundo, que cantaba todo el día con una voz de curruca, ora estuviese sentada junto á su torno, ora se ocupase en los cuidados de la casa, ora corriese entre la yerba florecida del viejo jardín abandonado. Christian Winter, al verla, había sonreído; su vista lo había hecho retroceder medio siglo y lo había puesto en presencia de una jóven que en otro tiempo se paseaba sobre el césped cogida de su brazo, á la orilla de esas mismas aguas oscuras que bajaban de los ventisqueros, y que desde hacia muchos años, ¡tantos años, que ya no los contaba! dormía bajo la tierra, cerca de la pared de una antigua iglesia.

Lili persistía en mirar al anciano y en mostrarle sus dientes de perla. Ella le tenía ordinariamente miedo, pero ese día estaba tan contenta, que la alegría le daba un valor de leona. Bertoldo estaba con ella, su bello y valiente Bertoldo, con quien debía comprometerse si ganaba el premio, y que seguramente lo ganaría: ese famoso premio que prometía el rey á todos los jóvenes artistas de cierto orden. Bertoldo Landsee estaba todavía estudiando su arte, pero prometía mucho, todos lo decían, hasta su tío, que era fabricante de vidrieras muy afamado en Nuremberg; pensaban los conocedores que había en él algo de un hombre de talento, y el padre de Lili había convenido con el tío de Bertoldo en que si el muchacho salía vencedor del concurso, obtendría al mismo tiempo la mano de su amada. De manera que, entre tanto, Bertoldo y Lili vagaban en los prados formando el proyecto de oír juntos por la noche el *Siegfried*, como es deber y placer entre todos los bávaros de raza. Los dos jóvenes eran felices como las tortolillas que revoloteaban sobre sus cabezas, y Christian Winter, á pesar de los setenta y cinco años que encor-

vaban su cabeza blanca, y de las mordeduras del hambre que le roía las entrañas, los contemplaba sin amargura; pero se decía:

—¿Porqué es tan corta la primavera y el invierno tan largo?

Después se separó de la ventana y se sentó para quebrantar su ayuno con un mendrugo de pan que había recogido en la calle, ahora que no había allí nadie que se lo disputara, ni siquiera un perro. Al comer se preguntaba porqué vivía él, cuando todos los días se iban tantos otros al cementerio, niños cubiertos de flores, jovencitas, madres jóvenes y hombres en toda la fuerza de la vida, que sin duda el mundo hubiera debido conservar. La luz bajó poco á poco, el día se extinguió; el pálido resplandor del poniente se proyectó sobre las aguas; había oscuridad antes de anoecer en la boardilla de Christian Winter. Este permaneció tranquilamente sentado en el mismo lugar, mientras que las sombras se hacían mas espesas á su rededor; él había permanecido en la sombra toda su vida. Su fin estaba aparentemente próximo; no había razón para que volviese á encontrar un pedazo de pan en su camino; no tenía ya dinero, y no quería limosna. ¿Era culpa suya si se encontraba reducido á esa extremidad? Winter era humilde ante Dios y ante su conciencia, aunque fuese orgulloso ante los hombres. Terminó por decirse que el error debía de estar de parte suya; que el mundo tenía razón y él nó; que sin duda él no estaba dotado de genio.

Anochece, había todavía tintes rosados sobre las olas, se oía un zumbido de alegres voces á lo lejos, y Christian Winter estaba siempre sólo en la oscuridad.

De repente tocaron suavemente en la puerta.

—Entrad! dijo con voz cansada.

La puerta se abrió lentamente, como si una mano tímida la hubiese empujado; una cabecita dorada se dejó ver: la de Lili con sus atavíos de fiesta; llevaba

en un plato algunas rebanadas de pan blanco y de jamon, con una botella de cerveza amarilla.

—Señor Winter, dijo tímidamente, nosotros estamos allá abajo comiendo, y tan contentos! . . . ógalos usted reir . . . y hemos pensado que quizás . . . estaria usted sólo; que no se tomaria el trabajo de pedir su comida, y que . . . en fin, yo . . . yo . . .

Lili se detuvo, roja como una amapola, y puso temblando el plato en la orilla de la mesa. Aunque sabia que el anciano se estaba muriendo de hambre, hubiera querido aparentar ignorarlo, pero no tenia sino diez y seis años, y no sabia absolutamente fingir.

Christian Winter, por su parte, se ruborizó; se ruborizó de vergüenza y de cólera; este hombre nunca se habia quejado, nunca habia implorado piedad; era la primera vez que venian á ofrecérsela. Rechazó el plato sin rudeza, pero resueltamente, porque era una mujer quien lo habia llevado.

—Las intenciones de usted son buenas, dijo con voz áspera y breve, pero le doy las gracias, señorita; ya he comido.

Los ojos azules de la niña se llenaron de lágrimas.

—¿Está usted disgustado conmigo, señor Winter?

—No, mi niña; al contrario, estoy agradecido, pero no tengo necesidad de nada.

—¿Porqué ser tan orgulloso y tan malo? dijo ella, cediendo su ordinaria timidez al despecho que experimentaba. Es muy poca cosa, ¡y me causaria usted tanto placer!

Christian Winter medio sonrió: él la habia visto nacer, la habia visto crecer; sabia que era tan honrada como bella y tan alegre como honrada; que le gustaba el baile bajo los cerezos, pero sin perjuicio de tejer su média en el rincon de la estufa de familia.

—Y usted me causaria placer llevándose ese regalo, dijo con más suavidad. Que Dios la bendiga, Lili; espero que su prometido sea digno de usted. Buenas noches.

La hizo salir con su plato; despues cerró la puerta.

—¡Y se muere de hambre! decía sollozando la niña al bajar á la cocina, donde brillaban las lámparas, los dorados y las ramas verdes que adornaban las paredes, y donde los convidados, sentados á la mesa, se divertían á sus anchas, mientras Bertoldo cantaba acompañándose con la guitarra.

Todas esas gentes eran pobres, pero Lili las encontraba muy ricas comparándolas con el anciano solitario que sufría en silencio en la boardilla oscura, cerca de las estrellas.

—Oh! si llegases á ser un dia como él, mi Bertoldo! murmuró abrazando á su novio. Tambien él era pintor!

Bertoldo se echó á reir con la desdeñosa confianza propia de la primera juventud.

—Eso no es de temer, respondió.

Bertoldo sentía el desprecio más profundo por el fracaso; contaba con ser rival de Kaulbach; tenia veintitres años, era hábil, y estaba enamorado. La vida le parecia una amante hermosa que jamás podría serle infiel. Poco le importaba no tener en ese momento ni un sueldo; diez años más, y sería millonario: desde luégo sería el primero en el concurso para los frescos de la nueva puerta que debía llamarse *Tannhausertor*.

Se habian concedido doce meses á los competidores para preparar sus cartones, y todo súbdito bávaro era admitido al concurso. Quizás era presuncion hacer la prueba, porque más de un pintor yá célebre tomaria parte en la lucha. No importa; la liza estaba abierta para todos, con tal que fuesen del país. Dentro de algunas semanas se vencería el plazo. Los dibujos de Bertoldo estaban listos; cubrian las cuatro paredes de su desvan, y su autor creía en ellos con toda la energía de su naturaleza sanguínea. Nadie habia sido admitido á verlos, salvo Lili, quien naturalmente participaba, con más ardor que él mismo, de la fe profunda de su novio, y el padre de Lili, quien, no entendiendo nada de esas

cosas, no veía allí, como lo decía con su áspera risa, sino negro y blanco.

Los camaradas de Bertoldo meneaban la cabeza y lo calificaban de atrevido; pero estaban acostumbrados á sus atrevimientos. Bertoldo poseía esa confianza en sí mismo que hace frecuentemente alcanzar lo que uno desea. Dibujaba hábilmente, y se habia llevado con orgullo más de un premio en la escuela. Ahora queria ganar ese otro premio, y no dudaba del buen éxito. La vanidad, una vanidad sin límites, era su gran defecto, su único defecto, podria decirse, porque él era valiente, sincero, generoso, digno vástago de una raza fuerte de cazadores de las que produce el Bayerischenwald. Hijo de los grandes bosques, hacia honor á su país con su bella presencia y su valor indomable; pero no era de su belleza de lo que se envanecía, ni de su vigor, ni de su valor: era de su genio de artista; de ese genio no habia dudado nunca.

—¿Quieres que trate de traer al señor Winter para que dé su parecer sobre tus bellos estudios? le preguntó esa noche su rubia Lili.

Bertoldo prorumpió en risa.

—¿El viejo? ¿ese viejo muerto de hambre que se encarama en las cumbreras, y que ha rechazado tus tostadas? ¿Acaso entiende él de esto? ¿Qué me importa su gusto? No ha sabido hacer nada bueno, puesto que nadie ha oído hablar nunca de él.

—Hay cosas muy bellas en su boardilla, —agregó tímidamente Lili, porque ese enamorado arrogante y soberbio la intimidaba un poco.

—¿Sepultadas bajo las telarañas, supongo? replicó Bertoldo riendo.

—Sí, las telarañas son espesas, porque no hay nadie allí para limpiarlas, dijo Lili, que no habia comprendido la burla.

Ella habia tenido siempre miedo de ese hombre alto, silencioso y melancólico, que le parecia tan viejo desde que, niñita aún, estaba ella en los brazos

de su madre; pero sentia simpatia por él, á pesar de todo, por hábito y por compasion, como le sucedia con el viejo y áspero perro color de ceniza que habia cuidado la casa desde su infancia.

Bertoldo continuaba riendo; despues la acarició, y volvió á tocar la guitarra.

—Nunca habré telarañas sobre las creaciones de mi pincel; eso te lo juro, dijo como si hubiese podido estar seguro del porvenir.

Dios mio! Christian Winter habia tenido esa misma seguridad medio siglo antes.

Lilí no pudo reir con él. El recuerdo de la boardilla sombría y desnuda la helaba y entristecia.

Bertoldo se fué á las diez; el padre de Lilí no queria que se velase hasta muy tarde en su casa; la noche estaba brillante, y toda la ciudad en movimiento bajo la bóveda estrellada. Pronto estuvo Lilí en su camita; pero el jóven pintor, por enamorado que estuviese, no era hombre de embelesarse mirando la luna y pensando en su amada. Encontró algunos compañeros que iban á un jardin público en donde se bailaba, y se reunió á ellos. Se bailó hasta que la luna empezó á desvanecerse en el color de oro pálido de la mañana. Hasta allí no habia gran mal; no era sino la sencilla alegría bávara, y Lilí no habria pensado en reprochársela si hubiera tenido conocimiento de ella; pero la fiesta tuvo un triste fin. Los compañeros de Bertoldo tuvieron una riña con otros jóvenes; un estudiante abofeteó á Bertoldo, quien lo rindió de un puñetazo; despues de esto fué preciso buscar el lugar del jardin en donde los matorrales de lilas eran más espesos, y desenvainar las armas. Se batieron al sable, segun era moda entre los estudiantes. . . . Se batieron con rabia. Al salir el sol, Bertoldo yacía sin conocimiento, sus cabellos rubios estaban manchados de sangre, y sus ojos, poco hacia tan atrevidos, velados por un estupor profundo.

A aquella misma hora, Christian Winter estaba sentado, como lo habia estado toda la noche, cerca de

su mesa, perdido en sus pensamientos; un pesado y penoso sueño había terminado por apoderarse de él; cuando despertó, la púrpura de la mañana había reemplazado la de la tarde sobre la superficie del Isar, y abajo en el jardín los pájaros de Lili comenzaban á cantar. Se levantó helado, rígido; el hambre no satisfecha de la víspera y los diversos males que acompañan una edad avanzada, lo torturaban á porfía. ¿Por qué continuaba viviendo? Porque la naturaleza lo había dotado de paciencia, porque, sobre todo, este hombre tenía la fe de un niño en el Dios que lo olvidaba. No hubiera puesto fin á sus días, aunque cada uno de ellos fuese una serie de angustias. ¿Acaso un centinela deja su puesto, por larga que sea su noche de vela? Se levantó pensando con terror en las mortales horas que volvían á empezar para él, como un fatigado viajero que mide la vasta soledad del desierto que le es necesario recorrer todavía.

Bajó con paso débil y tembloroso para ir á dar la vuelta á la ciudad en busca de trabajo. Con la cabeza baja pasó el Isarthor y ganó la Marienplatz, donde vivía uno de los negociantes que le daban todavía algunas veces libros y diarios para ilustrar. Al pasar bajo el pórtico de la antigua casa del Ayuntamiento, se detuvo para gozar de la belleza del lugar en esa hora matinal, para contemplar las sombras profundas de las arcadas y los rayos del sol que iluminaban la gracia elegante de las columnas. La Marienplatz recuerda una página iluminada del *Roman de la Rose* ó de la *Légende du Saint-Graal*, y su belleza pintoresca conmovía al anciano, con tanto mayor razon, cuanto que era allí donde había encontrado por la primera vez el único amor de su vida, la mujer que hacia tanto tiempo dormía junto al muro de la iglesia.

Nadie, por decirlo así, se había levantado todavía; apenas algunos de los tenderos situados bajo los arcos abrían sus ventanas, y se relevaba la guardia en la nueva casa del Ayuntamiento; eso era todo; pero mien

tras estaba allí, inmovil, mirando, un grupo de hombres desembocó de la calle de Schüssel en la plaza, llevando una camilla; tuvo que hacerse á un lado para darles paso al acercarse, y vió las facciones del herido que llevaban; reconoció á Bertoldo.

Un instante permaneció casi indiferente; ¡se cuidaba tan poco de los hombres que pasaban cerca de él sin conocerlo! Pero de repente recordó la carita blanca y rosada de Lili.

— ¡Pobre niña! murmuró; y siguió en pos de la camilla.

Bertoldo habitaba una casa vieja, arruinada, de la *Berg-gasse*; Christian Winter llegó allí casi tan pronto como los conductores.

— Está gravemente herido? preguntó; y se le respondió que casi no habia esperanza de salvarlo.

Subió al cuarto de Bertoldo; los que lo llevaron lo tendieron en la cama; otros corrieron por un cirujano. El anciano esperaba sentado cerca del lecho; se interesaba poco por ese jóven vanidoso, pero su corazon sufría por la pobrecita Lili.

Cuando los cirujanos acabaron el exámen, tomaron aspecto grave. El cráneo habia sido abierto por la hoja del sable; Bertoldo permanecía sin conocimiento. Si dentro de una hora no habia muerto, se podia predecir una fiebre cerebral. El caso era casi desesperado.

¿Quién lo cuidaría? Sus compañeros de placeres eran demasiado egoístas; las gentes de la casa muy ocupadas; su tío estaba en Nuremberg; su madre en el campo, muy lejos.

— Yo me encargo de él, dijo friamente Christian Winter, y se dijo resueltamente: sí, Lili no sabrá nada mientras él viva.

El recuerdo de la visita de Lili á su boardilla en la tarde precedente era dulce para el corazon de este hombre, abandonado de todos hacia cincuenta años; ella habia pensado en él y en sus miserias en medio de su propia felicidad. Eso era extraño, era encantador; la bendecia por eso, y si podia salvar á su amante, lo salvaria.

Hizo avisar al padre de Lili, el cual acudió á toda prisa, y los dos ancianos convinieron en ocultar á la jóven la terrible aventura durante el mayor tiempo posible; le dirian que habia ido á ver á su madre al campo, y si notaba la ausencia de Christian Winter, le harian creer que trabajaba en Salzburg.

Sin embargo, el lindo Bertoldo seguia siempre inanimado; de sus ambiciones, de sus vanidades, ¿qué le quedaba? Todo su brillante porvenir habia sido reducido á la nada, por decirlo así, en una lucha de taberna. No habia nada que hacer por él, excepto vigilarlo, mantener hielo en su cabeza sin cabello, é introducir entre sus labios algunas gotas de caldo. Los ojos no se cerraban yá; estaban muy abiertos, empañados y sin vista.

Christian Winter hizo tranquila y fielmente todo lo que habia que hacer. En las largas horas que le quedaban desocupadas, contempló, con el interés que inspira siempre á un artista cualquiera obra de arte, los famosos cartones de la Tannhauserthor. “No hay alma en ellos,” tal fué su fallo despues de un minucioso exámen que hizo con las cejas fruncidas. El arte puramente mecánico lo irritaba como un insulto al cielo mismo; nó, no habia alma en ellos: el dibujo era correcto, la anatomía desde luego irreprochable, las proporciones, la perspectiva perfectamente justas, pero en vano se hubieran buscado otros méritos que esos en la obra de Bertoldo. Estaba plagada de lo que es peor que todos los defectos: lo comun; era comun. No hay crimen que iguale á ése cuando se trata del arte.

Christian Winter refunfuñó entre dientes largo tiempo contra esos dibujos: ¿era posible que la juventud, con todos sus dones, con toda su fuerza, no pudiese hacer más que eso? “Si no fuera por esa niña que te ama, más valdria que murieras.” pensaba con los ojos fijos en el rostro cadavérico de Bertoldo, y, sin embargo, compadecia al jóven, porque juzgaba inverosímil que aquellos cartones pudieran llamar la atencion en un concurso. Si despertaba, seria para encontrarse frente á frente

con la desgracia. Pasaron un día y una noche, y luego otro día sin que hubiera ningún cambio en el estado de Bertoldo; el cirujano había dicho que si ocurría alguna variación, sería el delirio ó la muerte. Con todo, durante aquella larga velada solitaria, una idea surgió en el cerebro de Christian Winter; los instintos del artista se conmovieron en él como los de un viejo caballo de batalla cuando se acuerda de la guerra. Los cartones lo ofendían, lo herían, lo exasperaban; no decían nada, no había allí ni originalidad, ni poesía; los encontraba estúpidos y mudos. Por fin no pudo contenerse; la tentación se hacía muy fuerte. En aquel cuarto alto había muchos metros de papel gris intacto. Sólo, en medio del taller, con materiales ante el viejo pintor, no pudo resistir más el impulso que lo dominaba. Colocó en la pared una gran hoja de papel y se puso á pintar.

Cuando era necesario iba á ocuparse en los cuidados que exigía el herido, pero una vez libre, volvía á su trabajo; si alguno llegaba, ocultaba el bosquejo comenzado. Todas sus antiguas y queridas costumbres volvían á tomar imperio sobre él; hacia años que por falta de recursos no había podido consagrarse á ninguna obra importante; por otra parte, su corazón estaba muy oprimido. Sin embargo, el efecto de la edad y de las privaciones parecía atenuarse, desaparecer; las fuerzas, la inspiración, contenidas largo tiempo, pero vivas todavía, rompieron sus trabas como un ventisquero que en la primavera se esparce en olas impetuosas.

Mucho antes de que Wagner hubiese hecho más célebre aún la historia de Tannhauser, esta leyenda era popular. Christian Winter la había tomado más de una vez por asunto de pinturas que permanecían ocultas en su boardilla, y hoy los diversos incidentes del antiguo cuento renacían bajo la mano ya más firme del artista. Día y noche se consagró en cuerpo y alma á un trabajo que parecía un éxtasis; raras veces le interrumpían. El

cirujano venia por la mañana y por la tarde; de tiempo en tiempo, un compañero tocaba á la puerta. En cuanto á Bertoldo, yacia inmóvil y mudo como un árbol derribado, sin ningun sentimiento de lo que pasaba á su rededor. Lo que le habia costado un año de esfuerzos, fué ejecutado en quince dias por el anciano pintor; habia compuesto de nuevo y acabado los seis cartones exigidos para el concurso. El dia décimo-quinto contempló su obra, y halló que era buena. En ella no faltaba alma. Una noche, en el cuarto alto, en donde no se oia sino el débil aliento del moribundo, examinó á la luz de la lámpara las figuras creadas por su lápiz; tenían ese poder, esa mágia de la luz y de las sombras, ese color, en una palabra, que sólo la mano de un maestro puede prestar al simple contraste de lo blanco y lo negro. Los hombres habian querido rehusarle su aprobacion durante largos años; una vez más se rebelaba contra su fallo y creia en sí mismo. Una expresion de triunfo cruzó por su semblante pálido y severo.

—¿Voy, pues, á robar á ese muchacho que se muere? pensó. ¿Voy á terminar mi larga vida por una victoria que seria una infamia?

El dia siguiente era el fijado para el envío de los cartones. Christian Winter se sentó á la cabecera de Bertoldo; la claridad de la lámpara caia sobre el rostro enflaquecido del jóven; allí estaba sin defensa, por jóven y vigoroso que fuese, entregado á la generosidad de un rival.

El padre de Lili vino á preguntar suavemente á la puerta:

—Cómo sigue?

—Siempre lo mismo, respondió Christian Winter por el hueco de la cerradura.

—Ah! Dios mio! y mi Lili que lo cree todavía ausente! Ella se afana, sin embargo, á medida que pasa el tiempo. Y es mañana cuando se envían los cartones. ¿Os encargais de hacer colocar los suyos? Están todos listos, y seguramente ganarán el premio.

—Estad tranquilo ; yo tendré cuidado de eso.

—Gracias : lo advertiré á sus amigos. Si sobreviene algun cambio, avisadme. Buenas noches.

—Buenas noches.

Un paso pesado hizo traquear la escalera, y Christian Winter quedó sólo de nuevo, sólo con esas tentaciones terribles, de que es símbolo Satanás. Cuando apareció el dia, estaba en pié delante de sus propios cartones, y los miraba al través de las lágrimas lentas y amargas que puede derramar un hombre á quien ninguna prueba, ningun sufrimiento ha hecho nunca llorar.

Eran sublimes : todo el genio paralizado largo tiempo por crueles circunstancias habia brotado repentinamente, como si hubiese escapado á un encantamiento y se hubiese afirmado por un esfuerzo supremo. . . . Desde el amante dormido en el seno de la tentadora hasta esa figura solitaria rechazada á la vez del cielo y de la tierra y que corre sobre la nieve á su ruina eterna, todo en esa creacion era grande, y él, el creador, lo comprendia bien.

Los admiró mucho tiempo, mientras los primeros rayos del dia invadian el taller ; despues besó sus dibujos queridos como un anciano que acaricia á sus nietos en su lecho de muerte. Algo mas tarde hizo llevar todos los cartones, los suyos y los de Bertoldo, al Maximiliano en donde iba á reunirse el jurado. Estaban marcados con signos y números diferentes, é iban en dos cubiertas selladas.

Cuando se extinguió en la Berggasse el ruido del coche que llevaba todo eso, Christian Winter cayó de rodillas con el rostro entre las manos. Habia escogido su martirio. Al dia siguiente Bertoldo, insensible hasta entonces, deliraba ; del estupor acababa de pasar á la fiebre cerebral ; los médicos decian que era posible, si no probable, que viviese. Christian Winter lo cuidó sin descanso con una activa solicitud. Cuando el cerebro extraviado, persiguiendo por entre las tinieblas recuer-

dos que se le escapaban, traía á los labios del jóven alguna palabra apenas articulada, concerniente á los cartones ó al concurso, el anciano colocaba su mano sobre aquella frente ardiente y murmuraba :

—Sí, sí, el premio es tuyo ; no temas nada.

Esta respuesta calmaba siempre á Bertoldo, á lo menos por algun tiempo, aunque los cirujanos afirmaban que no estaba en capacidad de oír. Pero quién sabe?

Los cartones permanecieron diez dias encerrados en un salon del edificio á donde habian sido trasladados. Durante ese lapso de tiempo, los jueces designados los examinaron. Al terminar el décimo dia, debía ser proclamado el nombre del vencedor y abierto el salon al público, á quien se admitiria únicamente para que viese los dibujos escogidos antes de que fuesen reproducidos en frescos sobre las nuevas puertas de la ciudad. La tarde, pues, del décimo dia, un enviado del *Kunstverein* llevó una carta á casa de Bertoldo. Christian Winter la tomó y sonrió de una manera extraña. Echó una mirada sobre la cubierta con las armas de la ciudad y sellada con una corona real ; eso era bastante para adivinar su contenido. Habia un elegido ; Winter sabia quién era. Todos los objetos giraron á su rededor : tuvo que apoyarse en la puerta para no caer. El mensajero no vió en él sino á un anciano decrepito que parecia ciego.

—El que venís á buscar está enfermo, sin conocimiento, dijo Christian Winter, pero yo soy su amigo, y puedo recibir la carta.

—Vos? ¿ Y él no sabrá que ha merecido el premio? Oh! eso es muy cruel, exclamó el enviado.

—Lo sabrá cuando se haya restablecido, respondió tranquilamente el anciano.

Llamó á un niño de la casa que jugaba en la escalera :

—Vé pronto, le dijo, al Isarthor, y dí á Lili y á su padre que Bertoldo ha ganado el premio.

El muchacho partió á todo correr lanzando al aire su sombrero y trasportado de orgullo, envanecido de que un inquilino de su mamá fuese tan gran personaje.

Bertoldo se retorcia en la cama, presa de una agitación terrible, echando los brazos á un lado y otro, balbuceando frases incoherentes. Christian Winter, pálido como la muerte, caminó hácia él y colocó una mano sobre su cabeza con la expresion de suave autoridad que lo calmaba de ordinario:

—Bertoldo, tranquilízate; tú has ganado el premio.

Una luz brotó de aquellos ojos sin vista; el cerebro, por acalorado, por adormecido que estuviese, comprendió, hasta cierto punto, el sentido de esas palabras. El enfermo se esforzaba por comprender mejor. El premio? . . . balbuceó tratando de enderezarse.

—Tú lo has ganado, respondió Christian Winter.

El jóven suspiró; su cabeza habia vuelto á caer sobre la almohada; una sonrisa imperceptible vagaba en sus labios. Cuando el cirujano volvió, lo encontró durmiendo.

—¿ Puedo dejarlo média hora al cuidado de la propietaria? dijo Christian Winter; ahora estamos seguros de que vivirá, y yo tengo un deber que llenar allá afuera.

—Vaya usted, respondió el cirujano; el enfermo vivirá.

Christian Winter llegó lo más aprisa que pudo al Maximiliano. Eran las cuatro; la multitud se aglomeraba al rededor del edificio, cuyas grandiosas construcciones estaban adornadas con tapicerías, banderas, escudos de armas, porque el dia siguiente era el cumpleaños del jóven rey; la multitud no pensaba absolutamente en el rey en ese momento, y corria hácia el lugar de la exposicion.

—Los cartones! se decian unos á otros, los cartones de la Tannhauserthor!

Para figurarse la ansiedad, el interés apasionado que se pintaba en todos los semblantes, es necesario saber con cuánta facilidad se entusiasma el pueblo, aun

en una ciudad consagrada á las artes, por todo asunto sublime del arte. Nadie fijó su atención en el aspecto casi fantástico de un anciano, que, codeado, atropellado, empujado frecuentemente por la ola humana, caminaba con los demás hácia el edificio al cual sirve de trono la Gasteighöhe. El edificio resplandecía á los rayos del sol, bajo el dosel del cielo azul.

Ya las gradas y las galerías exteriores estaban llenas de gente, que proclamaba un nombre:

— ¡ Bertoldo Landsee, un digno hijo de Baviera! ¡ un nuevo Kaulbach !

Y despues de gritar así con entusiasmo, se contaba por lo bajo que el artista se moría, que, gravemente herido, era presa del delirio, que quizá nunca tendría conciencia de su buen éxito. Despues, cada uno se estremecía, penetrado de esa simpatía tierna, fugitiva, sincera y caprichosa de que es capaz el pueblo, ese pueblo que besa por un momento los piés de su ídolo, para, un instante despues, escupirle el rostro.

— ¡ Un hombre jóven, tan jóven, segun se dice, y ya tan grande ! exclamó una mujer, á tiempo que Christian Winter pasaba junto á ella.

El sonrió imperceptiblemente, como habia sonreído al recibir el mensajero del *Kunstverein*. Mezclado á los numerosos grupos que se hacían más y más silenciosos y casi tímidos al acercarse al lugar en donde estaban los soldados encargados de conservar el órden, vió sus cartones y oyó repetir hasta la saciedad un mismo nombre :

— Bertoldo Landsee ! Bertoldo Landsee !

El miraba como los demás, y no decía nada . . . habia una nube delante de sus ojos.

Un hombre murmuró cerca de él :

— Esta obra es grande ; un nuevo profeta se ha levantado entre nosotros. ¡ Haber producido esto bastaria para su gloria !

El que hablaba era Wilhelm Kaulbach.

Winter continuó silencioso ; dejó sus cartones entre-

grados á su triunfo, rodeados de la auréola que les daban los rayos del sol, y bajó las gradas, siempre inadvertido.

Era la vida misma de su vida lo que abandonaba allí; pero qué? habia hecho el sacrificio de ella por la felicidad de otro. En la última grada, una jovencita desfallecida, con la cabeza descubierta, los brazos extendidos para abrirse paso, lanzó un débil grito al verlo, y vino á caer sobre su seno.

—¿Es verdad? ¿es verdad? decia; ¿es verdad que han matado á mi Bertoldo, y que aquí se le corona. . . . que se le corona cuando ya no existe? Es verdad?

El anciano levantó en sus brazos á la delicada criatura, y la colocó lejos de la turba sofocante.

—Vuestro Bertoldo está vivo; ha estado enfermo, es cierto, pero sanará; sí, se le corona. . . . está triunfando. . . .

—¿Es cierto? repetia ella, con el rostro pálido todavía por la emoción, reclinada en el hombro de su protector. . . . Decídmelo todo, decídmelo todo. . . . tendré fuerza para oirlo.

Christian Winter le dirigió una misteriosa sonrisa, que se hizo más distinta en ese momento, como la luz de una lámpara que brilla más viva antes de hundirse enteramente en las tinieblas.

—Yo te digo que vivirá, y que ha ganado el premio; ésta es toda la verdad. Solamente, Lili, escúcha bien y trata de recordarlo: él tenia dos clases de dibujos; yo las he enviado ambas. La una, la que tú conocias, ha sido rechazada: la otra, la que no has visto nunca, ha sido escogida. El ha tenido delirio; esa herida en la cabeza le ha hecho olvidar muchas cosas. Tú le asegurarás, cuando se haya restablecido, que los cartones que hacen correr á todo este pueblo son de él, aunque haya podido olvidarlo. Eso es todo lo que debes recordarle, hija mía. Sucede frecuentemente que despues de un largo delirio, las personas no se dan ya cuenta de lo que han hecho antes. Es raro, pero así es. . . . eso es todo. . . . Que Dios sea contigo y con tu prometido. . . .

Después la entregó á su padre, que habia sido separado de ella un instante por la multitud, y se volvió solo. No fué á casa de Bertoldo, sino á la suya, á volver á encontrar su jergon, su escudilla vacía, su miseria cotidiana.

Se sentó, siempre con la misma sonrisa en sus facciones descarnadas.

— ¡ Hé aquí, pues, la fama al fin ! Hé aquí, pues, la gloria ! se dijo muy bajo.

Gruesas lágrimas corrieron lentamente de sus ojos, que cerró en seguida como para dormir.

Cuando lo buscaron esa noche, estaba en el mismo lugar, sentado en su silla, muerto.....

Bertoldo Landsee no ha comprendido nunca cómo pudo en su fiebre olvidar aquellos extraños cartones. A veces un presentimiento de la verdad pasa por su imaginacion, pero se apresura á desecharlo, y entierra con los muertos unas suposiciones que no le son nada agradables. Es un hombre de gran talento, de un talento reconocido, aunque algunos buenos jueces se atreven á decir que no ha realizado las promesas de su estreno.

En un pequeño cementerio, orillas del Isar, una tumba oscura muestra el nombre de Christian Winter. Lili conduce allí á sus niños, y conserva permanentemente en ella rosas frescas. Eso es todo.